

Basta plantearse el problema como lo hizo Heidegger, repitiendo la famosa pregunta de Leibnitz: «Pourquoi il y a plutôt quelque chose que rien.»

En todo caso, a través de una amplísima discusión se ha puesto de manifiesto que la contingencia, en cualquier sentido en el que se la valore, está necesariamente condicionada por la causalidad como principio metafísico, ya que de no admitirlo así, la propia contingencia pierde sentido. En el fondo es el argumento que ya sostuvo Santo Tomás, a saber: la relación esencial entre causalidad y contingencia.

E. T. G.

TONELLI (Giorgio): *L'origine della tavola dei giudizi e del problema della deduzione delle categorie in Kant*, en «Filosofia», anno VII, fasc. I, enero 1956, Torino, págs. 129-150.

Es uno de los problemas delicados de la interpretación kantiana. Una solución personal sobre este tema la desenvuelve Vleeschauwer diciendo que la tabla kantiana de las categorías es una síntesis original entre las anteriores que él tuvo a la vista. Este parecer lo hizo explícito el mismo Kant al respecto. El mencionado estudio, muy minucioso y erudito, recoge todas las tablas de categorías que antes de Kant circulaban en Alemania, y que pudieron servir, más o menos directamente, a éste. Siguiendo esta línea y modo de investigación, Tonelli selecciona algunos de los autores que más directamente sirvieron a la elaboración kantiana.

Hollman, que distinguió los juicios, además de en afirmativos y negativos, en infinitos. También lo hizo Crusius, el cual tiene también otras concomitancias. Y mayores aún Reimarus, que guarda parentesco con Kant incluso en el perfil de su personalidad.

A estas síntesis doctrinales, ya citadas por Vleeschauwer, añade Tonelli las de Wolff, Meier y Lambert. Los diversos resultados, que patentizan las similitudes, se encuentran recogidos en un cuadro sinóptico. En él se sigue la génesis de las diversas categorías (relieve especial da el autor a la de modalidad) desde los autores mencionados hasta Kant.

Kant estuvo siempre preocupado por establecer una tabla completa y definitiva de categorías que completase e incluyese lo anterior. Ya se expresa así en

el artículo «Deutlichkeit», que luego pasa a otro sobre el Espacio del año 68. En la redacción definitiva influyó, desde luego, la opinión de Arnauld en la Lógica de Port-Royal sobre las categorías de Aristóteles.

Se trata de un artículo erudito, hecho con seriedad y decoro, que delimita claramente el alcance de su propósito, que cumple sin salirse de lo propuesto.—M. R.

PACI (E.): *Critica dello schematismo trascendentale (I Parte)* en «Rivista di Filosofia», vol. XLVI, núm. 4, 1955, págs. 387-414.

El esquematismo trascendental es el capítulo más difícil de la *Crítica de la razón pura*. Se tiene la impresión, leyéndolo, de que constituye el núcleo fundamental de la crítica kantiana, y el propio Kant lo consideró así hacia los últimos años de su vida. Históricamente están presentes en el esquematismo todos los problemas pre-críticos, manifestándose el legado de Newton y de Leibnitz. La dificultad fundamental procede del hecho de que las soluciones propuestas por Kant son ambiguas y oscilan, al menos, entre dos interpretaciones del principio de razón suficiente. Al mismo tiempo, Kant intuye y prefigura una problemática que no sólo es moderna, sino, aún más, contemporánea. De aquí la exigencia de una lectura crítica que presente el esquematismo como una plataforma propicia para la filosofía actual. Los esquemas introducidos por Kant manifiestan que la estructura del sensible no es homogénea con la estructura categorial: su función debe ser la de poner en relación las categorías con lo sensible. Pero el propio término «esquema» no está del todo determinado en sus dos significados: «imagen» (que se refiere al lado intuitivo y empírico) y «esquema» propiamente dicho que se refiere al lado categorial. Por esta razón Heidegger habla de un *Bild-Schema*. Se presenta aquí, pues, un núcleo de problemas que constituyen en cierto modo una crítica de la crítica. Los conceptos del intelecto puro en relación con la intuición empírica son, dice Kant, completamente heterogéneos. Por consecuencia, se impone un tercer término, que de un lado sea homogéneo con las categorías y de otro con el fenómeno, de manera que mer-

ced a este tercer término, la primera sea aplicable al segundo. Esta representación mediadora, debe ser pura, es decir, carente de empirismo y al mismo tiempo ha de tener un cierto aspecto sensible. Una representación de este tipo es el esquema trascendental. De este modo llega Kant a la construcción de las categorías, pero a su vez las categorías constituyen una especie de arte secreta en cuanto se refieren al esquematismo, ya que la transformación total del *a posteriori* en un *a priori*, no queda absolutamente explicada si no se entiende que el esquematismo trascendental no es de suyo ni empírico ni lógico y que al mismo tiempo tiene un carácter unitario. Traduciéndolo en términos de teoría del conocimiento se podría decir que, de acuerdo con los principios kantianos, el conocimiento parece implicar la realidad y la realidad parece, a su vez, implicar el conocimiento y llevarlo dentro de sí. El conocimiento comporta el pensar categorial del que es objeto la intuición en la cual viene dada.—E. T. G.

GALLINGER (August): *Kants Geschichts- und Staatsphilosophie*, en «Zeitschrift für Philosophische Forschung», Band IX, Heft, 2, 1955, Meinsenheim/Gln, páginas 163-169.

Hacia los sesenta años comienza en el pensamiento de Kant un cambio que en ciertos aspectos afecta profundamente a su mundo interior, cambio que se realiza en el sector de sus reflexiones antropológico-morales. Sin duda bajo el influjo de Rousseau comienza este giro, según el cual Kant va valorando cada vez más el primado de la moral sobre lo intelectual, y valorando cada vez con mayor intensidad al individuo, al mismo tiempo que se esfuerza por definir el fin último de la humanidad. Por estas mismas razones se acentúa en los escritos de Kant la problemática de una filosofía de la historia. La filosofía de la historia descansa, desde luego, en la antropología, en lo que podríamos llamar, de acuerdo con Kant, la ciencia del hombre. Esta ciencia del hombre puede servir de paso a la filosofía de la historia abriéndose en dos caminos principales: el hombre como ser natural y el hombre como ser libre. Por una de estas vías se llega al sector en el que reina la especie y la especie cumple el plan general de la naturaleza. Desde esta perspectiva satisfacemos las exigencias

específicas y no podemos escapar a su mandato. Pero el hombre, como ser libre, está dentro del mandato de las leyes morales, leyes morales que en principio se manifiestan como opuestas a muchas de las exigencias de la naturaleza. Aparece así un antagonismo de fuerzas, en cuyo antagonismo hay que buscar el sentido profundo que dé unidad al ser humano y a sus obras como totalidad. Kant busca esta totalidad. En realidad no podremos alcanzar la totalidad si no es en una forma superior al individuo, en la que las fuerzas naturales se adecuen a las exigencias del ser libre, y esta forma superior, coordinante de los dos aspectos que en principio aparecían como antagonistas, es el Estado, y su poder es el poder destinado a llevar a cabo tal armonía. En este sentido, el Estado cuida la realización de la justicia, procura la felicidad y hace libre a los hombres. Un Estado de derecho será, en este sentido, aquel en el que las leyes coordinen del modo mejor las exigencias de los impulsos naturales y la libertad inherente al ser humano en cuanto tal. Kant se pregunta por el mejor supuesto político para realizar este ideal y encuentra que es la forma de gobierno republicana la que ofrece la mejor plataforma. En el orden republicano, el ejercicio de los poderes públicos evita en mayor grado el imperio de las fuerzas naturales. El Estado se constituye de este modo en órgano de la filosofía de la historia, pues siendo el proceso histórico expresión de las relaciones entre individuo y especie, el Estado muestra la forma concreta en que estas relaciones se realizan. Así si todas las conexiones de la convivencia llegasen a un ajuste perfecto, que es el fin paradisiaco que Kant predice, se logrará una eterna paz. En cierto sentido el reposo de la historia en el Estado.—E. T. G.

DE RUVO (Vicenzo): *Significato e valore attuale della pedagogia kantiana*, en «Il Saggiatore», año V, núm. 2, páginas 169-190.

De la pedagogía de Kant se puede repetir lo que con tanta frecuencia se ha dicho de la totalidad de sus escritos de la madurez, que se pueden compartir o bien se puede disentir de ellos, pero que es, por completo, imposible permanecer al margen de la inmensa riqueza de sugerencias que en ellos se encierran. Du-